

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XX



C. S. I. C.
1983
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XX



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1983

S U M A R I O

Páginas

ARQUITECTURA Y ARTE RELIGIOSOS

El Convento de Nuestra Señora de Portacaeli y San Felipe Neri de Clérigos Menores de Madrid, por <i>Virginia Tovar Martín</i>	9
El Jesús de Medinaceli y la desamortización, por <i>Antonio Matilla Tascón</i>	27
El Oratorio del Olivar. Madrid, por <i>Gloria Salterain Díez</i>	31
El misterioso robo de la Custodia de la Villa de Madrid, por <i>José del Corral</i>	35
Noticias sobre una obra de José Antolínez: «El éxtasis de San Felipe Neri», en el Convento de las Comendadoras de Alarcón, de Madrid, por <i>Fernando de Olaguer-Feliú y Alonso</i>	57

ARQUITECTURA CIVIL Y URBANISMO

Las sociedades constructoras benéficas, una respuesta paternalista al problema de la vivienda obrera. Su incidencia en la configuración de la periferia madrileña (1875-1921), por <i>Manuel Valenzuela Rubio</i>	63
Casas y alquileres en el antiguo Madrid, por <i>Ceferino Caro López</i>	97
El antiguo Paseo de la Virgen del Puerto: Una obra fundamental en la aportación urbanística del arquitecto Pedro de Ribera, por <i>Matilde Verdú Ruiz</i>	155
La más importante del mundo: Plaza de Toros de la Puerta de Alcalá, 1749-1874, por <i>Francisco López Izquierdo</i>	167
El nombramiento de Alcaldes de Barrio en Madrid en 1768: El temor a la revolución social, por <i>Juan Luis Álvarez Caravera</i>	195
Madrid reflejo de los problemas sanitarios de la Península: La peste de 1596 vista por un galeno de la Corte, por <i>Alfredo Alvar Ezquerro</i>	203

HISTORIA: COSTUMBRISMO

Un día madrileño en tiempos del Emperador, por <i>Fernando Díaz-Plaja</i>	221
Mesonero Romanos: Entre costumbrismo y novela, por <i>Leonardo Romero Tobar</i> ...	243
La herencia de don Ramón de Mesonero Romanos, por <i>Antonio Matilla Tascón</i> ...	261
Don Ramón y su entorno histórico, cultural y costumbrista (1803-1882), por <i>Mariano Sánchez de Palacios</i>	267

	<u>Páginas</u>
LITERATURA: BIOGRAFÍAS	
Madrileñistas de cien años, por <i>Juan Sampelayo</i>	277
Retrato de un ilustre madrileño: El doctor Pulido, 1852-1932, por <i>Martina Lemoine</i> ...	283
Teresa López: Un amor juvenil de Rosales, por <i>Enrique Pardo Canalls</i>	293
MUSICA: TEATRO	
Los retablos madrileños de Víctor Espinós, por <i>Juana Espinós Orlando</i>	301
Canciones madrileñas de trabajo (Anotaciones a un Cancionero), por <i>Rafael Mota Murillo</i>	327
EFEMERIDES	
Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1982, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	365

UN DIA MADRILEÑO EN TIEMPOS DEL EMPERADOR

Por FERNANDO DÍAZ-PLAJA

Cuando el caballero se levanta está ya en lo alto porque su cama acostumbra a colocarse sobre un estrado. En él pueden hincarse los criados que tienen que contarle algo importante...

«Bien, dice Galterio: ... aún ambos os podéis hincar de rodillas en el estrado que está delante de la cama porque oiga bien lo que dijéredes»¹.

El estrado o tarima no es sólo pedestal de cama. Es lugar de reposo y casi siempre, en lo que hoy llamaríamos sala, refugio de las damas para recibir a los caballeros que no invadirán el sitio reservado o simplemente para descansar.

«¡No sé, déjame! Ponme dos almohadas en el estrado; iréme a echar que me siento mal dispuesta»².

En ambos casos la orden ha sido dada al criado. Criado. Ser que bulle alrededor del señor que vive de él y a veces muere por él. Las señoras que en una reunión madrileña de hoy se quejan del servicio no hacen más que repetir quejas de sus antepasados. Oigamos a Fernández de Oviedo.

«Yo podía ir desde esta isla española donde hoy estoy hasta donde el Emperador nuestro señor está en Alemania y volver a esta fortaleza de Santo Domingo... si los mozos que me han servido (o mejor diciendo se me han ido) me volviesen lo que me han robado... el año de 1516 yendo yo a Flandes... un mozo mío en Laredo una noche me llevó en dinero y joyas de oro valor de más de trescientos ducados de oro, de que nunca cobré un maravedí de todo ello ni me pude detener a buscar al ladrón»³.

¹ LA THERAYDA, ed. Madrid, 1895, pág. 17.

² MUÑOZ, SANCHO DE, *La tercera Celestina*. Tragicomedia de Lisandro y Roselia. Copia de López Barbadillo (1542), pág. 67.

³ FERNÁNDEZ DE OVIEDO, GONZALO, *Las quincuagenas de la nobleza de España* (1555), Madrid, 1880, pág. 541.

Los amos del tiempo se quejan de los criados (enemigos pagados, traidores) y los criados de sus amos (despóticos, tacaños). No sirve para nada —¿cuándo ha servido el papel sellado en España— que se tomen las medidas necesarias para proteger los intereses de ambos como demuestra el contrato publicado por Amezúa:

«...Y de la dicha curaduría usando dijo que ponía y puso a servicio de la dicha Isabel su menor, con doña Magdalena de Sotomayor... por tiempo de dos años cumplidos primeros siguientes... y por veinte ducados que se le han de dar en todo el dicho tiempo durante el cual la dicha menor servirá a la dicha doña Magdalena de todo lo que le mandare dentro de su casa y la acompañará y servirá bien y fielmente y la dicha doña Magdalena le ha de enseñar a hacer labor y a coser y darle de comer y beber y cama y camisa labrada y hacerla buen tratamiento y obligó a la dicha... a que no se irá ni ausentará de su casa y servicio y si se fuere y ausentare lo haya de servir adelante el tiempo que faltare...»⁴.

Si, todos tienen criados incluso los que más lógicamente deberían prescindir de ellos. ¿Quien ayudaría al hidalgo a vestirse si no fuera por ellos? ¿Y cómo se va a vestir un hidalgo solo? Veamos al del Lazarillo.

«Al llegar la mañana nos levantamos y comenzó a limpiar y sacudir sus calzones, calzas y jubón, sayo y capa... Le eché aguamanos, se peinó y puso su espada en el talabarte»⁵.

Es un atuendo sencillo y el arreglarse le cuesta poco tiempo. Pero no es siempre así. La España nueva que gusta de sentirse inmersa en la Europa que gobierna se cree obligada a veces a adornarse más refinadamente y contesta al crítico que los tiempos duros han pasado con las guerras contra los moros y que civilizarse es tan elegante como sano. El buen obispo Antonio de Guevara ha intervenido en la polémica en 1529. Una cosa es la higiene y la limpieza, otra el afeminamiento y el vicio truena Guevara.

«Rociar una camisa con un poco de agua rosada, apruébolo; rociar un pañizuelo de narices con agua de trébol, admitolo; rociar unas almohadas con un poco de agua de azahar, lóolo; más comprar unos guantes adobados por seis ducados maldígolo; porque guantes de tres reales para arriba nadie los compra por necesidad, sino por curiosidad o liviandad... darse los hombres a olores es cosa abominable delante de Dios, escandalosa en la República y peligrosa para la conciencia, y aún muy costosa para la bolsa; y que esto pase así, téngolo por permisión de Dios, es

⁴ AMEZÚA, AGUSTÍN G. DE, *La vida privada en el protocolo notarial* (1959), Madrid, páginas 11-141.

⁵ *La vida del Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, Amberes, 1554. Tratado tercero.

a saber, que los muchos olores les cuesten muchos sudores, y que el verdugo de su locura sea la falta de su bolsa»⁴.

«¿Qué jubón quieres señor?

Dame acá ese de raso encarnado y sácame ese sayo de las bordaduras recamadas de pedrería».

Dice Lisandro a su criado⁵. ¿Cómo no va a irritarse Guevara comparando tal lujo con la comodidad en el traje campesino. «El que vive en aldea no ha menester paje que le traiga la capa de agua, otro paje que le lleve el sombrero, ropa de martas que traiga el invierno, rasos de Florencia para traer el verano»⁶. Una de las ventajas de rehuir la corte (cosa que él no hizo nunca imitando en éste al bucólico pero urbano Horacio).

Ya está vestido. Y ahora como adorno una cadena, «aquél que traía la cadena, porque vieses de cuantas maneras se la ponía y lo que iba haciendo con ella porque fuese vista; ahora la tiraba, ahora la alzaba, ahora la abajaba, ahora iba jugando con ella... ¿qué quieres que quería decir esto sino "quitarme todos la gorra"?» (dice Gutierre de Cetina)⁷.

Porque el caballero ha salido a la calle a la que tiene que dar cuenta, por decirlo así, del rato que ha pasado arreglándose. Ahora, foro, mentidero, llámese como se quiera se trata del contacto social, del trato, y trato que no debe tomarse a la ligera porque en la España del Emperador todas y cada una de las fórmulas de cortesía son algo más que esto. Son la expresión de un status social que equivale a la emanación de la personalidad. Uno es por lo que es y por lo que parece.

Cuando el caballero se encuentra con un conocido en la calle se le plantea inmediatamente un tremendo problema. ¿Quién debe saludar primero? Por dudas parecidas el hidalgo del Lazarillo dejó su pueblo natal...

«Un día me contó su hacienda y me dijo que era de Castilla la Vieja y que había dejado su tierra no más que por no saludar con el bonete a un caballero su vecino.

—Señor, dije yo, si era lo que decís y tenía más que vos, no errabais en no saludarle primero pues decís que él también os saludaba?

—Si es, y si tiene, y también me saludaba él a mí; más de cuantas veces yo le saludaba primero, no fuera malo hacerlo él alguna y ganarme por la mano.

—Me parece, señor, le dije yo, que en eso no miraría yo, mayormente con los mayores que yo y que tienen más.

⁴ GUEVARA, ANTONIO DE, *Epistolas familiares* (1529), págs. 170-171.

⁵ MUÑOZ (vid.), pág. 140.

⁶ GUEVARA, ANTONIO DE, *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* (1539), Madrid, 1915, pág. 112.

⁷ CETINA, GUTIERRE DE, *Dialogo de la cabeza y la gorra*, 1550? Obras, Sevilla, 1895, t. 11, pág. 179.

—Eres muchacho, me respondió, y no sientes las cosas de la honra, en la cual en el día de hoy está todo el caudal de los hombres de bien. Te hago saber que yo soy como ves un escudero; más si al conde encuentro en la calle y no me saluda con el bonete, otra vez que venga entraré en una casa fingiendo en ella algún negocio, o atravesaré otra calle si la hay, antes de que llegue a mí por no saludarle. Que un hidalgo no debe nada a nadie más que Dios y al rey, ni es justo siendo hombre de bien descuidarse un punto de tener en mucho su persona»¹⁰.

«Honra —asentirá Cetina— es un quitar la gorra yo a aquél o aquél a mí; y questo es verdad mira cómo cada uno lo desea y huelga que se la quiten, tanto que algunos van mirando a las manos, a los ojos como si fuesen cortabolsas, a ver si se quitan la gorra»¹¹.

Pues si esto es sólo en el gesto ¿cuál no será el cuidado para las palabras? A medida que avanza el siglo se hace el estilo más cortesano y rebuscado y no sólo entre las clases altas.

«Señor, sea vuestra merced de quien mal lo quiere. Yo me llamo Aldonza a servicio y mandado de vuestra merced» dice la Lozana Andaluza¹². «¡Oh mi señor capitán, bien venga vuestra merced!» exclama el personaje de la Soldadesca¹³. Y quien lo yerra lo paga... Oigamos al escudero del Lazarillo.

«Acuérdome que un día deshonré en mi tierra a un oficial y quise poner en él las manos porque cada vez que le topaba me decía: Mantenga Dios a Vuestra Merced.—Vos don villano ruin, le dije yo, ¿por qué no sois bien criado? ¿Mantengaos Dios me habéis de decir como si fuese quienquiera? De allí en adelante de aquí acullá me quitaba el bonete y hablaba como debía.—¿Y no es buena manera de saludar a un hombre, dije yo, decir que le mantenga Dios? Mira mucho de enhoramala, dijo él, a los hombres de poca arte dicen eso, más a los más altos como yo no les han de hablar menos de "beso las manos de Vuestra Merced" o por lo menos "Besos señor, las manos" si el que habla es caballero».

Pero Antonio de Guevara aplica al uso una tremenda lógica.

«El estilo de la corte es decirse unos a otros: Beso las manos de Vuestra Merced; otros dicen: Beso los pies a Vuestra Señoría; otros dicen: Yo soy siervo y esclavo perpetuo de vuestra casa. Lo que en este caso siento es que debía ser el que esto inventó, algún hombre vano y liviano y aún mal cortesano; porque decir a uno que besará las manos del otro es mucha torpedad, y decir que le besa los pies es grande suciedad. Yo vergüenza he de oír decir: Besos las manos; y muy grande asco he de oír decir: Besos los pies; porque con las manos nos limpiamos las narices, con las manos nos alimpiamos la lagaña, con las manos nos rascamos la sarna, y aún nos servimos con ellos de otra cosa que no es para decir en la

¹⁰ *La vida del Lazarillo...* Tratado 3.

¹¹ CETINA (vid.), t. II, pág. 176.

¹² DELICADO, FRANCISCO, *Retrato de la Lozana Andaluza* (1528), Madrid, 1916, pág. 7.

¹³ TORRES NAHARRO, *La Soldadesca la Jornada* (1517), pág. 134 *La Propaladia* (1573).

plaza. Cuanto a los pies no podemos negar sino que por la mayor parte andan sudados, traen largas las uñas, están llenos de callos y andan acompañados de adriares, y aún cubiertos de polvo y o cargados de lodo. Con estas tan torpes y enormes condiciones, de mi digo y por mi juro que querría más unas manos y pies de ternera comer que los pies y manos de ningún cortesano besar... Para decir verdad, ni sé quién, ni sé cuándo, ni sé adónde, ni sé por qué, ni sé para qué se inventó este besamanos y besopiés en España; sino es que de mi parecer... como se va gente tras gente y no razón tras razón, algún vano o liviano lo dijo de burla, y después le siguieron todos de veras»¹⁴.

El obispo de Mondoñedo se desgañita en vano. La ceremonia española seguirá cada vez más retorcida y esplendorosa y hará falta toda la Razón dieciochesca para quitarle fuerza. Por ahora todo el interés es aparecer como hidalgos los que son humildes, duques los hidalgos, reyes los duques. Oigamos a Guicciardini.

«A pesar de que... esta nación es en general, mísera, los grandes... viven espléndidamente y con gran suntuosidad, no sólo por el aparato de tapicerías y objetos de plata que es cosa que usan mucho... sino en todos los otros gastos de la vida. Tienen un buen número de cortesanos a los cuales comúnmente mantienen y aunque muchos vivan por su cuenta acompañan siempre al señor cuando cabalga. A algunos les sufragan los gastos en su propia casa y a otros les envían todos los días el alimento cotidiano para ellos y sus caballos...»¹⁵.

(Antes de indignarnos demasiado recordemos que gracias a ese sistema hoy humillante vivió y produjo Lope de Vega e intentó sin conseguirlo del todo vivir Cervantes).

«¿Qué hace un noble? ¿Qué quieres que sepa hacer? —pregunta Gutierre de Cetina— ¿Ha de ser mecánico un noble? ¿No sabes que entre nosotros los nobles no saben hacer nada, no estudian, no aprenden nada? Antes lo tienen por cosa baja y plebeya; mas estánse siempre ociosos o vánse a pasear cuando quieren; alguna vez van a caza y la mayor ocupación que tienen y su mayor recreación es ver la cuenta de su mayordomo de casa o la del que mira por su hacienda en el campo»¹⁶.

Jovellanos dirá casi lo mismo de la nobleza contemporánea a fines del XVIII. Igualmente sin fecha originaria parece ser la figura del que intenta entrar en tan soñado ámbito sin merecerlo por sus antecesores. ¿Quién nos iba a decir que fuera tan viejo el cuadro del nuevo rico? Dice Oviedo:

¹⁴ GUEVARA (vid.), *Epístolas familiares. Epístola 1*.

¹⁵ GUICCIARDINI, FRANCESCO DE, *Viaje a España*, trad. Alonso Gamo (1511), Valencia, 1952, pág. 69.

¹⁶ CETINA, *Obras*, t. 11, pág. 184.

«El día de hoy está aborrecida la pobreza comúnmente porque el que tiene más dineros más que puede que el que los desea... A esos ricos se abren las puertas de los reyes y de los príncipes... así que este tener es hoy el que hace que algunos faltos de quilates de nobleza excedan y precedan a otros más generosos de sangre y de mejor prosapia»¹⁷.

Esto es en 1555 pero empeorará con los años:

«En España en uno se hallan siete o ocho oficios que tan presto es como es calcetero cuando comienza a entender aquel oficio y tracto que le había de lucir, cuando tan presto le deja y se hace mercader y en siendo mercader... héle que aspira para caballero y si él no a lo menos amolda sus hijos para ello; ésta es la perdición de los mercaderes»¹⁸.

Si la ambición es libre y la España que comentamos no estaba tan cuadrículada y fija como han querido darnos a entender. Todos aspiran a subir y es en balde que Lope de Vega, con la seguridad de quien está ya arriba se lamenta:

«¡Ay Tello! La perdición
de las repúblicas causa
el querer hacer los hombres
de sus estados mudanza»¹⁹.

Pero hemos dejado a nuestro caballero de tiempos del Emperador en plena calle. Claro que ésta está llena de vida. Ver pasar a las damas por ejemplo es interesante no sólo porque la naturaleza manda que así sea si no porque se puede crear cada vez un tipo completo de belleza —gracias a la imaginación—. Tan poco dejan ver las señoras que cruzan tapadas con sus mantos²⁰. Un ojo... una mano blanca... un pie chiquito... es casi todo lo que el caballero tiene para inventarse un caudal de prodigios femeninos. Venus, Diana, la nieve, el fuego, el mármol, la rosa, el lirio se mezclarán luego para describir lo que se supone.

¹⁷ FERNÁNDEZ DE OVIEDO (*vid.*) pág. 389.

¹⁸ AMEZÚA, AGUSTÍN G. DE, *El casamiento engañoso y el coloquio de los perros*, Madrid, 1917, pág. 495, ref. 1573.

¹⁹ VEGA, LOPE DE, *Los Tellos de Meneses*, Obras Academia, VII, pág. 295.

²⁰ «Ha venido a tal extremo el uso que dello han resultado grandes ofensas de Dios y notables daños de la república, a causa de que en aquella forma no conoce el padre a la hija ni el marido a la mujer... y tienen la libertad y tiempo y lugar a su voluntad y dan ocasión a que los hombres se atrevan a la hija o mujer del más principal... lo que no sería diesen lugar yendo descubiertas a que la luz discerniese las unas de las otras», Cortes de Castilla 1586-88.

AMEZÚA, *El casamiento engañoso...*, pág. 382, ref. 1586-88. Cortes de Castilla, t. XVIII, pág. 260. Jesuitas, t. 193, n.º 36.

El manto cubría pero no ahorra las bellezas del traje y la elegancia como casi siempre tiene que apoyarse en telas importadas. Oigamos a una de las Celestinas (la tercera) recitar la letanía de prendas.

«¿Piensas que éstas del oficio que te he contado ganan a hilar o coser o labrar las sayas de terciopelo, los monjiles de Damasco, las saboyanas de grana fina, las gorgueras y coñas tachonadas con oro de martillo de muchas perlas y joyas, las gargantillas y collares de aljófar... las camisas y mangas de Calicud labradas a las mil maravillas?»²⁸.

¿Y es esto sólo? El escritor Juan Luis Vives aconseja a las mujeres con el mismo celo que Guevara a los hombres. Y probablemente con el mismo éxito.

«¿Qué pretende la doncella con embadurnarse la cara con albayalde y arrebol? Si es por agradarse a sí es loca... si por agradar a los hombres es mala... Ruín vida te auguro si el marido viene a ti por el sólo afeite; cuando te lo hubieres quitado ¿cómo podrás serle grata? A menos que no te laves... si así emplastada te acostares, así emplastada te levantarás... cuán expuesto está (el afeite) a ser motivo de irrisión si por rociarse de agua o por el sudar y el calor se escurre el albayalde o el arrebol y muestra algo de la tez nativa?».

Como buen psicólogo Vives trata de demostrar a las muchachas que eso es peligroso para su misma belleza. Quizá exagerando un poco...

«...la tez tierna se estraga y arruga precozmente y envejece todo el rostro y el aliento hiede y se carían los dientes y de todo su cuerpo sale una agrura de mal olor así del albayalde como del azogue, como de las aguas destiladas y jaboncillos y unturillas con que se preparan la cara como un retablo para la pintura del día siguiente».

Igualmente ataca el uso de pendientes.

«...¡Por ventura en ningún tiempo quiso Dios que se infringieren heridas en las orejas con que se atormentase a la pobre niñez inocente no sabedora de los males que les quieren hacer con colgarles de las cicatrices y agujeros granos preciosos ya que no por su peso siquiera por su cuantía; invenciones todas ellas de los ángeles prevaricadores y aspóstatas cuando de tumbo en tumbo rodaron a la tierra precipitados del cielo! ¿Para qué sirven las orejas horadadas que enteras por su ternilla creó la naturaleza? y por qué la madre no ha... de agujererar las naricas también?

²⁸ MUÑOZ (vid.), pág. 28.

El temor de Vives es que tanto acicalarse produzca el deseo de lucirse.

«Así que las mujeres se ven compuestas y ataviadas entonces no caben en sí y quieren salir y... mostrarse y huelgan de alternar con varones; y ese es el escollo y el naufragio de su pudor... si quitas a la mujer la seda, el brocado, el oro, la plata... ¡con qué facilidad la tendrás recluida en casa!

...la doncella que yo eduque no se adobará la cara sino que se la limpiará, no se embadurnará de jabón sino que se lavará con agua clara; no se enrubiara los cabellos ni se los teñirá porque cambien de color pero no los tendrá sin peinar, desgredados y llenos de caspa y guardará la cabeza de sudor y de suciedad; no se defeitará con olores deliciosos y mucho menos con el hedor»²¹.

La obra de Vives es de 1523. En 1589 Fray Luis de León afrontará el tema con cierto temor. ¿No estará fuera de su tiempo?

«¿Aunque si va a decir la verdad yo confieso que lo que me convida a tratar desto que es el exceso eso mismo me pone miedo. Porque quién no temerá de oponerse contra una cosa tan recibida?... Los materiales del (afeite) los más son asquerosos y la mezcla de cosas tan diferentes como son las que casan para este adulterio, es madre de muy mal olor, lo cual saben bien las arquillas que guardan este tesoro y las redomas y las demás albasas dél. Y si no es la suciedad ¿por qué venida la noche se le quitan y se lavan la cara con su diligencia y ya que han servido al engaño del día quieren pasar la noche limpias?... a las que nos lo negasen les podríamos mostrar a los ojos sus dientes mismos y sus encías negras y más sucias que un muladar, con las reliquias que en ellas ha dejado el afeite...

...pues qué ojos hay tan ciegos que no pasen con ella la tela del sobrepuesto y que no cotejen con lo encubierto lo que se descubre y que viendo lo mal que dicen entre sí mismos no se ofendan con la desproporción. Y no es menester que los ojos traspassen este velo porque el de sí mismo en cobrando un poco de calor el cuerpo se trasluce, y descúbrese por entre lo blanco un oscuro verdinegro y un entre azul y morado; y muéstrase el rostro todo y señaladamente las cuencas de los bellisimos ojos con una variedad de colores fésimos... el olor de los adobios (adobes) va delante de ellas (por más que se perfumen) pregonando y diciendo que no es oro todo lo que reluce y que todo es asco y engaño».

E intenta proseguir con su lógica.

«...cierta cosa es que la hermosura no consiste tanto en el escogido color, cuanto en que las facciones sean bien figuradas cada una por sí y todas entre sí mismas proporcionadas... las de buenas figuras aunque sean morenas son hermosas y no sé si más hermosas que siendo blancas; las de malas aunque se transformen en nieve al fin quedan feas... feas y sucias...

²¹ VIVES, JUAN LUIS, *Formación de la mujer cristiana*. Obras Completas (1523), Madrid, I-1015.

...¿qué ardor es aquél que la menca las manos para acicalar el cuerpo con arnés y poner en arco las cejas? ¿A dónde amenaza aquel arco? El colorado y el blanco, aquella artillería toda, ¿qué pide?, ¿qué busca?»²¹.

* * *

El hombre y la mujer se han visto. El hombre y la mujer se han mirado como desde Adán y Eva hicieron los dos sexos. No busquemos en los españoles del tiempo del Emperador originalidad alguna en este sentido. Sí puede haber alguna particularidad en la forma de apreciar las respectivas gracias. Porque hoy como ayer el hombre gusta de ver manos suaves y porte gentil en la muchacha que cruza. No es corriente sin embargo que en estos días la mujer elogie en un hombre las manos... y las piernas.

«¡Ay cómo es dispuesto!, ¡y qué ojos tan lindos!, ¡qué ceja partida!, ¡qué pierna tan seca y enjuta!... querría que se quitase los guantes para ver qué mano tiene...».

...dirá la Lozana Andaluza²². Y de aquí lo que se quiera y se pueda alcanzar. Quizá como pecadoramente insinúa Cetina:

Dijérale:

«Señora, yo he venido
aquí: solos estamos, sin que alguno
lo vea, ni jamás será sabido.
Yo soy mozo y vos moza. No hay ninguno
que nos pueda estorbar que nos holguemos;
el tiempo y el lugar es oportuno.
Más siendo como es, tan sabia ella,
antes quiero creer que tan segura
ocasión no quisiera así perdella
que no es honestidad, sino locura,
no gozar hembra el bien que está en la mano
sin poner vida y honra en la locura»²³.

Pero ésta es quizá demasiada esperanza con las recatadas doncellas del tiempo que esperan a casarse a que sus padres decidan. Problema grave. Juan Luis Vives no dejaba de ver los peligros a que ello podía llevar, y al no poder aconsejar una libertad total de elección en quien se supone no sabe ni debe saber nada del mundo, se ruega al menos que los padres...

²¹ LEÓN, FRAY LUIS DE, *La perfecta casada* (1589), Madrid, 1944, págs. 225 y ss.

²² DELICADO (*vid.*), pág. 7 (1528).

²³ CETINA, *La Pulga. Obras*, t. 2.º, pág. 95.

«Deben inspirarse en la inclinación de la hija de manera que hagan por ella la misma elección que harían para sí si fueran ellos los que iban a casarse..., con demasiada frecuencia miran las solas riquezas o la condición social y ni ponen ninguna atención en las conveniencias de la hija que tiene que convivir con él dentro de las paredes de una misma casa»¹⁵.

¿Qué ocurría con tales contratos en que pesaba sólo la sangre azul y la amarilla moneda? Que quien poseyera ambas se sentía con aspiraciones a «la más tierna niñez de aqueste lugar», a pesar de peinar canas. Y era en vano que Antonio de Guevara advirtiera del peligro en qua caía el anciano en busca de Himeneo.

«En tal edad como la vuestra, puede ser que vos améis; más es mentira que seáis amado; porque la triste enamorada que os quiere escuchar, no es por el contento que tiene de vuestra persona, sino por el apetito que tiene de vuestra hacienda.

En tal edad como la vuestra ninguna cosa les escucharéis de veras, sino que todo para en burlas; porque las mujeres taimadas y enamoradas deste tiempo, a los mancebos admiten para se holgar, y a los viejos oyen para dellos burlar.

...En tal edad como la vuestra no se sufre ya dar cuenta de lo que hacéis, ni descubrir a nadie los negocios que tratáis, lo cual vuestra enamorada no podrá sufrir, ni menos disimular; porque si cada noche no le dáis cuenta de los pasos en que andáis y de los pensamientos que tenéis, teneos por cierto dicho que os ha de volver las espaldas en la cama y aún estar muy rostrituerta en la mesa»¹⁶.

Pero ¿cómo tanta iniciativa? No habíamos quedado en que la mujer de todas las épocas españolas y muy especialmente en aquella de guerreros sufría una tremenda esclavitud?, ¿que no se atrevía a contradecir a su padre o a su esposo? Guicciardini en 1511 empezó a intentar romper, en vano, esa leyenda negra describiendo los «gananciales».

«A las mujeres les consideran bastante, tanto mientras viven los maridos como después, porque no sólo recuperan la dote, sino que además se hace cuenta de todo cuanto tenía el marido cuando la esposa y si se encuentra alguna ganancia o acrecentamiento en los bienes se divide por mitad, siendo esta mitad enteramente libre para la mujer, quien se puede volver a casar y hacer lo que mejor le acomode, aunque hayan quedado hijos comunes. Y no sólo se divide lo que ganado sino también lo que se compró después de haber efectuado el contrato matrimonial de tal modo que si el marido tuviese bienes muebles y después de haber tomado esposa los convirtiese en inmuebles todos se dividen por mitad, aunque los herederos del marido prueben que aquellos inmuebles han sido comprados con los muebles que

¹⁵ VIVES, J. L., *op. cit.*, pág. 1058.

¹⁶ GUEVARA, *Epístola 30* (1529).

tenía antes del matrimonio; y aunque tenga al marido capitidisminuido la mujer no padece.

A pesar de tanta indulgencia no tienen fama de ser honestas y eso que hay establecidas gravísimas penas contra los adulterios ya que el marido puede matar a la mujer y al adúltero sin ninguna pena, cuando los encuentre en el momento de cometer el acto o si prueba que lo han cometido»⁷.

Y Guevara al confiar en que sus palabras detendrán a un amigo de visitar a una casada, muestra la facilidad de que esto ocurra.

«Yo, señor, os confieso que no la he visto ni aún la entiendo de ir a ver si ella no me envía a llamar; porque a las mujeres que tienen los maridos ausentes, aunque tengamos obligación de servirlos, no tenemos licencia de visitarlos. Dos cosas son las que jamás se deben prestar ni de nadie confiar, es a saber: la espada que traemos y la mujer con quien nos casamos; porque parece muy bien al hombre la espada ceñida, y muy mejor parece a la mujer, que se esté en casa guardada...; a las mujeres de nuestros amigos que tienen a sus maridos ausentes, basta socorrerlas con dineros si lo han menester, y entender en algún negocio si nos le encomendaren, sin que las llevemos a festejar ni las frecuentemos con visitas. La malicia de los hombres es muy continua, y la honra de las mujeres es muy delicada; y por eso hemos de mirar mucho cómo las hablamos y a qué hora las visitamos porque no demos a los vecinos que decir ni a los maridos que sospechar»⁸.

Para muchas cosas de la vida no pasa tiempo ni transcurre espacio. Si después de lo anterior quedara alguna duda veamos cómo define Vives un problema que acostumbra a aquejar a los matrimonios.

«El marido está puesto como en un lugar intermedio entre su madre y la esposa y la una persigue a la otra y la otra persigue a la una como si ambas a dos fueran concubinas. La madre sufre con desabrimiento que el amor de su hijo vaya a pasar en su totalidad sobre su nuera y la esposa no tolera que el marido ame a ninguna otra mujer que no sea ella. De esto originanse diferencias, enojos y riñas como suele acontecer entre dos perros cuando el uno ve que halagan al otro delante de él»⁹.

Este «absurdo» se escribía en 1523.

• • •

Sigamos al caballero por la calle. Ahora se ha acercado a una iglesia, punto obligado de quienes tienen tiempo —devoción casi todos— de atender a los divinos oficios. A la puerta están los mendigos. Los mendigos españoles han

⁷ GUICCIARDINI (*vid.*), pág. 57 (1511).

⁸ GUEVARA, *Epístola 54* (1523).

⁹ VIVES, J. L. (*vid.*), pág. 1153, t. 2.

heredado de los musulmanes una asombrosa dignidad que procede del convencimiento de que están cumpliendo una alta misión. Es la misión de permitir al pudiente dar limosna y por tanto ganarse el cielo. No tienen pues ningún miedo, ningún recelo, ninguna vergüenza de pedir. Y se les oye de lejos. Nótese la razón psicológica que apunta López Ubeda.

«A la puerta de S. Lázaro oí tañer unas tabletas..., aquella mujer pedía limosna con aquellas tabletas y para pedir de lejos de modo que cuando lleguen los caminantes traigan desatacada la bolsa y no se detengan en madurar la gana de dar se hace aquello. Yo..., pregunté a la tablera..., hermana ¿no fuera mejor pedir con la bolsa? Dijo, no señora hermosa, que esto se hace para que puedan pedir todos los pobres que aquí se unen aunque sean gangosos y mudos»³⁰.

¿Y quién puede olvidarse cuando en ese umbral estamos de quien en él vivía y de quien Lázaro aprendió tantas cosas?

«Cuando le mandaban rezar y le daban blancas enteras... no había él que se la daba amagado con ella cuando yo la tenía lanzada en la boca y la media blanca aparejada... se me quejaba el mal ciego... y decía: ¿Qué diablo es esto, que después que conmigo estás, no me dan sino medias blancas y antes muchísimas veces me pagaban con una blanca y un maravedí? En ti debe consistir esta desdicha»³¹.

Entremos en la iglesia. Pero con sabiduría de lo que es y lo que significa como lugar de conversación o —lo que es peor— de citas amorosas. Porque los hombres del XVI en general no dejan fuera del portal ninguna de sus atribuciones mundanas sean éstas libidinosas o simplemente de «status» social. Una de las más democráticas instituciones del mundo debería ser el tribunal de la confesión ante el que se igualan reyes y miserables. El noble que describe Malon de Chaide no acepta esta igualdad.

«Llega el otro, desuellacaras, homicida, robador de los pobres, con mil pecados mortales que el menor dellos escandaliza el aire; dice que se quiere confesar y que viene de priesa que no se puede detener; es menester que se despidan los que ha un mes que no hallan vez para confesarse, porque llega el Señor Don Fulano. Veréis la priesa del tejer de los pajes por confesionarios, en busca del Padre Maestro Fulano... Veréis al confesor echar gente menuda abajo, levantarse y salir del confesionario más hinchado que algún privado necio... al fin sale el Padre Maestro a acompañar a su penitente; llévale a la celda porque son pecados de cámara los que trae; llega el paje... y pone la almohada de terciopelo porque no se lastime. Hince la una rodilla como balletero; persígnase a media vuelta, que no sabréis si hace cruz o garabato, y comienza a dar de dedo y a desgarrar pecados, que hace

³⁰ LÓPEZ UBEDA, *La pícaro montañesa llamada Justina*, Barcelona, 1605, pág. 58.

³¹ *Lazarillo* (vid.), *Tratado I*.

temblar las paredes de la celda con ellos; y si el confesor se los afea sale con mil bellaquerías, y dice que un hombre de sus prendas no ha de vivir como vive el fraile y parécele que todo le está bien. Al fin sálese tan seco y tan sin jugo como entró, y el desventurado muy contento, como si Dios tuviese en cuenta con que descende de los godos»²¹.

Si el caballero no sale bien parado de la sátira del místico tampoco su hermano en religión resulta un espejo de honradez. Vanidad y debilidad ante el poderoso es lo menos que de él se dice. La religiosidad del tiempo hacía posible esta crítica al representante de Dios porque —como ha visto muy bien Amezúa— el sacerdote era, como hombre, un ser capaz de pecar como cualquier hijo de vecino sin que ello enturbiara su altísima misión al consagrar la hostia en el altar. La gente de entonces disociaba claramente las dos personalidades. Véase cómo cuando Fernández Oviedo critica a los clérigos deshonestos teme más de las consecuencias de esa deshonestidad que del pecado en sí:

«En el segundo punto de los abades y clérigos amancebados... yo quiero dejar ese cuidado a sus superiores pues ellos se saben más de sus vidas y de lo que deben hacer que yo les podré enseñar ni acordar. Pero seles decir que no parece bien al clérigo alguna deshonestidad ni el pueblo, aunque calle no querría ver sacerdote concubinano... pero también como les nacen hijos procuran de heredarlos y para eso y para tener dinero tratan y son mercaderes y mézclanse de ejercicios muy apartados de la orden del sacerdocio»²².

* * *

Con el paseo al caballero se le han despertado las ganas de comer. Y éstas en tiempos del Emperador, gran comilón, son casi siempre muchas aunque como en todas épocas y países dependa de la bolsa individual. En el caso de las personas reales contemplados cuando coman y donde cada uno de los platos llega precedido de una serie de ceremonias tienen envidiable apetito.

«A lo que decís que qué come y cómo come la Emperatriz —escribe Guevara— séos señor, decir que come lo que come frío y al frío, sola y callando y que la están todos mirando. Si yo no me engaño, cinco condiciones son éstas, que bastaba una sola para darme a mí muy mala comida... De lo más que come es melones de invierno, vaca salpresa, sopas avahadas, palominos duendos, menudos de puerco, ansarones gruesos y capones asados; de manera que come con lo que los otros

²¹ MALÓN DE CHAIDE, *La conversión de la Magdalena*, ed. Clas. Cast., pág. 104.

²² FERNÁNDEZ DE OVIEDO (vid.) 1-382.

se empalagan y aborrece por lo que los rústicos suspiran. Pónenle delante pavos, perdices, capones, fancolines, faisanes, manjar blanco *, pasteles, torradas y otros géneros de golosinas... en toda la comida no bebe más de una vez y ésta es no de vino puro, sino de agua envinada».

La ceremonia acompaña a los platos.

«Sírvese al estilo de Portugal, es a saber: que están apegadas a la mesa tres damas y puestas de rodillas, la una que corta y las dos que sirven; de manera que el manjar traen hombres, y le sirven damas»³⁴.

Con el Emperador todavía era mayor. Con decir que hasta el lugar donde arrojar los huesos se traía de la forma siguiente...

«El osero es una pieza de plata a manera de un copón grande tan ancho el asiento como la boca... y como el príncipe se ha lavado las manos el trinchante se pone a mitad de la mesa enfrente de su alteza para cortar y se ponen los cuchillos y los saleros y luego el pan. Y el repostero de plata trae el osero de plata en la mano derecha levantado el brazo e hinca la rodilla en tierra y besa el osero y dála al maestresala o al trinchante él le toma y lo pone delante de la persona real un poco desviado del plato de que el rey come a la mano derecha y comiendo echa en el osero los huesos que deja despojados de la carne o fruta que come»³⁵.

El caballero nuestro amigo, quizá no pueda presenciar este espectáculo pero no dejará de estar invitado por alguien; invitar es casi un deber de quien puede y aún muchos de que no deberían hacerlo.

«Es el grande sin manteles-cara de tapicería³⁶. En nuestra España se acostumbra a llamar Grandes a los duques y señores de estados y vasallos; y aquéllos acostumbran a hacer plato a su mesa y manteles se sientan y acuden caballeros... presciansen de gastar suntuosamente en su plato especialmente cuando los tales grandes están en la corte para mostrar más su magnificencia. Y lo mismo hacen los prelados. Quiero decir que cada uno en su estado conviene que conserve su reputación o autoridad y gaste como lo que tiene, porque al cabo el que deja de hacer mucho pierde de su crédito».

Nos tememos que Fernández de Oviedo habla con cierto interés personal³⁶.

Un tipo intermedio, gente de posibles sin llegar a la grandeza de la mesa está expuesto en la famosa cena immortalizada por Baltasar del Alcázar.

* Pechugas de ave, harina de arroz, leche y azúcar.

³⁴ GUEVARA, *Epístolas familiares* (vid.) Epístola XIII.

³⁵ FERNÁNDEZ DE OVIEDO (vid.), pág. 514.

³⁶ Como figuras muertas.

³⁷ *Id.*, pág. 307.

«...La ensalada y salpicón *
hizo fin; ¿qué viene ahora?
la morcilla, ¡oh gran señora
digna de veneración!

¡Qué oronda viene y qué bella!
¡qué través y enjundia tiene!
páreceme Inés, que viene
para que demos en ella.

Pues sus, encójase y entre;
que es algo estrecho el camino.
No echas agua Inés, al vino;
no se escandalice el vientre.

...Más di, ¿no adoras y precias
la morcilla ilustre y rica?
como la traidora pica
tal debe tener especias.

¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
y asadas por esas manos
hechas a cebar lechones.

...Probemos lo del pichel,
alto licor celestial;
no es el aloquillo tal,
ni tiene que ver con él.

¡Qué suavidad! ¡qué clareza!
¡qué rancio gusto y olor!
¡qué paladar! ¡qué color!
¡todo con tanta fineza!

...Más el queso sale a plaza
la moradilla va entrando
y ambos vienen preguntando
por el pichel y la taza.

Prueba el queso que es extremo
el de Pinto no le iguala;
pues la aceituna no es mala
bien puede bogar su remo.

* Salpicón con su ajuelo: Fiambre de carne picada compuesto y aderezado con pimienta, sal, vinagre y cebolla. Morcilla (con especias y piñones). Vino aloque: Según Gabriel Alonso de Herrera hay: Blanco, Rojo, Tinto y Aloque o color de sangre. Obra de Agricultura. Alcalá de Henares 1513, 16 cuartos el cuartillo. Pichel: vasija alta y redonda de estaño (licor). Otros platos. Merced de Dios: Tortilla de huevos y torreznos. Pan pintado: Moldecillos impresos al cocerlo; con aceite y ajonjolí. Duelos y quebrantos: Huevos y torreznos. Suplicaciones: Barquillos.

Haz pues Inés, lo que sueles
daca de la bota llena
seis tragos; hecha es la cena
levántense los manteles...»⁷⁷.

Las maneras en la mesa eran desde luego más libres que ahora. Porque cuando el Galateo Español advierte lo que no se debe hacer, nos demuestra por deducción lógica lo que se hacía:

«No es bueno cuando están a la mesa rescarse; y débese el hombre, en aquel tiempo, guardar de escupir y si se hiciere, sea de buena manera, disimuladamente... debemos también guardarnos de tomar la vianda con tanta agonía que por ello engendre zollipo u otro desapacible acto como hace quien se apresura de manera que le convenga resollar recio o resoplar con pesadumbre de toda la conversación. Ni le conviene allí, refregarse los dientes con la servilleta o con el dedo; ni enjuagarse la boca y escupir las enjuagaduras de ella, de suerte que todos lo vean.—Ni después de levantado de la mesa, llevar en la boca el mondadientes o palillo con que se monda, a guisa de pájaro que lleva las pajas a su nido, ni sobre la oreja como barbero.

Y quien trae colgado del cuello el escarbador de dientes, no lo acierta; porque allende de ser un extraño arnés para verle sacar del seno a un gentilhombre, es instrumento de sacamuelas y parecen hombres muy prevenidos para el servicio de la gula. Que según esto, bien podría traer la cuchara atada al cuello»⁷⁸.

Esta fea costumbre del mondadientes está criticada en su abuso no en su uso. Y efectivamente se hacían joyas a base de este instrumento. Porreño mencionará el del rey Felipe II:

Acabada la comida trujeron dos palillos para los dientes, uno muy grande y muy galán, con muchas labores y otro pequeño ordinario. Tomó el rey el pequeño y el grande hubo de tomar el conde. Estúvolo mirando y dando vueltas, cortó la punta dél y lo demás se lo dió a S. M. diciendo: Sirvase V. M. se me dé otro tanto de vino que para los dientes que tengo esta punta me basta»⁷⁹.

No falta quien asocie la idea de la comida opulenta con ese despliegue de finuras a que no está acostumbrado y aún quizá más a los malestares de una conciencia intranquila.

«Quiero vivir a mi contento y quitarme de revueltas; que antes quiero vaca en paz que pollos en agraz», dice un personaje de *La Tercera Celestina*⁸⁰.

El ciego amo del Lazarillo tiene dos medidas según sea su criado o él quien deba mantenerse:

⁷⁷ ALCÁZAR, BALTASAR DE, «La cena jocosa» o «Una cena», BAE, vol. 32, pág. 406.

⁷⁸ GRACIÁN, LUCAS, *El Galateo español*, Madrid, 1571, pág. 148.

⁷⁹ PORREÑO, BALTASAR, *Dichos y hechos del rey D. Felipe II*, Madrid, 1942, pág. 297.

⁸⁰ MUÑÓN (vid.), pág. 97.

«Si conmigo tenía poca caridad consigo usaba más. Cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar, verdad es que partía conmigo del caldo... Los sábados cómense en esta tierra (Maqueda) cabezas de ternero y enviábame por uno que costaba tres maravedís, aquella la cogía y comía los ojos y la lengua y el cogote y sesos y la carne que en las quijadas tenía».

Pero la escena mejor en lo que se refiere a la comida la tiene el Lazarillo cuando al pobre escudero se le van los ojos tras de lo que al muchacho le han regalado.

«¿Uña de vaca? Dígame que es el mejor bocado del mundo y que no hay faisán que así me sepa...»⁴¹.

El español se ha dicho alguna vez es sobrio porque no tiene bastante de comer que cuando puede se harta. Aún hoy es de los que más cantidad de comida ingiere y muchos ancianos podrían aprender la lección del viejo descrito por Baltasar del Alcázar. Entre lirismo y lirismo surge la dieta de buena fuerza nutritiva y nada pesada.

«Salido el sol por oriente
de rayos acompañado,
me dan un buevo pasado
por agua, blando y caliente.
Con dos tragos del que suelo
llamar yo néctar divino,
y a quien otros llaman vino
porque nos vino del cielo.

Cuando el luminoso vaso
toca en la meridional,
distanto por un igual
del oriente y del ocaso,
me dan asada y cocida
de una gruesa y gentil ave,
con tres veces del suave
licor que alegra la vida.
Después que cayendo viene
a dar en el mar hesperio,
desamparando el imperio
que en este horizonte tiene,
me suelen dar de comer
tostadas con vino nuevo
que al enflaquecido pulso
restituyen a su ser»⁴².

⁴¹ *Lazarillo* (vid.), Tratado 2.

⁴² ALCÁZAR, BALTASAR DE, «Su modo de vivir en la vejez», *BAE*, t. 32, pág. 406.

El caballero ha comido, ha dormido la siesta y está otra vez en la calle, una calle tan llena de colorido que basta para darle espectáculo. A lo mejor el caballero es un visitamonjas, asombrosa costumbre de la España católica del tiempo que Góngora pondra en solfa:

«Dos devotos de monjas que acudían en un mismo tiempo a muchos conventos.

En trescientas santas Claras
estáis, señores, penados;
o sois espejos quebrados,
o tenéis trescientas caras;
reglas son de Amor muy raras,
que nunca dejó su arte
el maestro Durandarte;
mas podéis decir los dos
que tenéis mucho de Dios,
pues estáis en todas partes»⁴¹.

Otros, más deportivos, irán a ver el juego de pelota que según dicen, costó la vida a través de un vaso de agua fría tomado en pleno sudor, al rey Felipe el Hermoso. Jugaba también S. Ignacio de Loyola y recordando su juventud surge esta barroca descripción del Jai-Alai.

«Paráronse a mirar a coyuntura
que la pelota empieza su carrera,
una la hiere con la pala dura
otro a tornar a herirla se acelera.
Cae en tierra y botando se apresura
segunda vez con muestra más ligera;
corre a darla un gallardo mozo y luego
el sitio muda haciendo pasajuego.
El brazo vencedor dobla el partido,
vuelve a salir el orbe rezumbando;
de la abeja solicita el ruido
va su ligero curso acompañando.
En la pesada pala recibido
a su primer lugar torno volando
sin que nadie a alcanzarle se atreviese
aunque más en puntillas se pusiese»⁴².

Si el caballero tiene peores intenciones irá a ver a alguna de las «damas cortesanas» que tienen un reglamento dado por el Emperador en 1539. Las

⁴¹ GÓNGORA, LUIS DE, *El epigrama español*, Madrid, pág. 139.

⁴² ESCOBAR Y MENDOZA, ANTONIO, *San Ignacio. Poema heroico*, Valladolid, 1613, pág. 119.

«Mozas de partido» andan sueltas. Las «rameras» (con ramo en la puerta) pueden vivir en su casa propia o con otras en la mancebía. No faltará en este último caso la Celestina de turno para aconsejarlas:

«¿No os he mandado que mientras no estuviese hombre en casa estén las puertas de par en par abiertas y vosotras al umbral sentadas?... Si no os ven ni oyen no os conocerán y si no os conocen nadie vendrá a vosotras. La taberna por el pendón se conoce y sin pendón nadie anda allá a comprar vino.

—...ya descendía que me estaba componiendo...

—¿No te he dicho que cuando no hubiese tiempo de afeitarte, tomes una toca y te la reboces fingiendo dolor de muelas y te cobijes esa mantenilla colorada? Medio desnuda, medio vestida, los pechos de fuera con un disimulado descuido, en faldetas como estás, no hay tal para provocar a la lujuria a los hombres»⁴.

También puede el caballero presenciar fiestas de toros. Las suertes eran variadas como las que describe Zapata:

«Pero Ponce de León salía con unos anteojos a caballo, distraído, tomaba la lanza, si se iba el toro le dejaba ni andaba tras él desautorizándose y si le venía se la ponía en el pescuezo y dejábale en tierra enclavado y tornábase a andar adelante muy descuidado como si no hubiera hecho nada».

Un Vélez de Guevara quiere explicar al Emperador cómo se cita al toro y es derribado: «Esta lección, don Pero yo no la pienso tomar si a Dios place».

Es curioso seguir a Zapata en una descripción que muestra que ni siquiera en la vidriosa arrogancia de la época faltaba el humor.

«Aquella noche hablando de esto y de otras cosas en un corrillo de caballeros ante el Emperador dijo don Diego de Acevedo al oído a Pedro de la Cueva, comendador mayor de Alcántara: "Yo toreo razonablemente". No lo había aún el bien dicho burlando, que alzó la voz el Comendador mayor y dijo: "Don Pero dice que esto de torear lo hace bien". "Veamos cómo —dijo el Emperador—; quizá os aceptaré por mejor medio que a Don Pero Vélez". "Señor —dijo él—, yo salgo con una lanza de fresno, porque esotras de pino quiebran luego, y con un hierro ancho, muy agudo y limpio, que se podrán ver en él, y que cortara un pelo en el aire y en un buen caballo... Póngome lo mejor que puedo al toro, y mientras mas bravo mejor, parte al momento para mí, y en llegando no sé más lo que pasa en el caso, que las más veces muerto mi caballo, me hallo en el suelo sin lanza y sin capa y sin gorra y cercado de pícaros que me andan quitando alrededor las pajas. Ya en esto tiene mi mujer aparejada una sábana en vino en que envolverme, como cosa que casi siempre me acaece". Al fin de la plática Don Pedro hizo una reverencia; todos rieron mucho. "Tampoco os quiero por maestro, dijo riendo el Emperador, si así pasa"»⁵.

⁴ MUÑOZ (vid.), pág. 73.

⁵ ZAPATA, LUIS, *Miscelanea*, pág. 97.

Y todavía en 1544 puede ver si es afortunado un Torneo a la usanza medieval. El cartel del Almirante rezaba así:

«Yo don Luis Enríquez, Almirante de Castilla digo que el primer domingo de Cuaresma con otros dos caballeros mantendré un torneo a caballo delante del palacio de sus altezas a todos los caballeros que quisiesen venir a combatirse con nosotros en las condiciones siguientes. Al que perdiese lanza no puede ganar precio sino fuere galán o de mejor invención; el que cayere del caballo no cayendo el caballo no puede ganar precio sino de galán o de invención; mantendremos una carrera de lanza y después golpes de hacha hasta que falte a uno de los caballeros y cuatro golpes de espada; ha de traer cada caballero o entre dos como se concertaren una invención como a cada cual mejor le pareciere; el que mejor corriese la lanza le darán un diamante y al que mejor con la hacha combatiere una esmeralda y al que mejor... con la espada una pluma de oro y al más galán un rubí y a la mejor invención una medalla de oro... los mantenedores pueden ganar todos los precios, todos los caballeros que vinieren a combatir han de traer los escudos de armas para que vean quiénes son y han de entregar a los jueces para que ellos los manden para adónde han de estar y los manden correr como viniesen; no pueden combatir sin mostrar sus espadas a los jueces y ellos les mandarán dar lanzas y hachas»⁴⁷.

Un mundo caballeresco que se moría.

* * *

A veces el caballero tiene la suerte de encontrarse con una procesión en la que sale «a la vergüenza» una bruja. Va cubierta con la coraza y en la mano una vela. Algunas son de la clase que la imaginación de Goya acostumbraba a pintar, es decir que salen de noche con otras a matar niños habiéndose untado las corvas, ingles, sobacos y coyunturas de los codos con ungüento hecho de cera, pez, ajenojo, culebra y niño muerto. Así iba por el aire Quiteria de Morillas hasta llegar al campo de Barahona donde bailaban con ciento ocho —precisión se llama la figura— diablos y allí se hacían las apostasías, reniego y entrega de las almas. Claro que estas declaraciones las hizo en el tormento⁴⁸.

Otras, la mayoría, operan más a ras de tierra. Por ejemplo las desaojaderas que curan el mal de ojo de los niños y mucho más solicitadas las que lograban con sus hechizos el amor de una persona. Así Catalina de Doyague conjurando la primera estrella que se viese:

⁴⁷ ALLENDE Y MIRA, J., *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España*, Madrid, 1903, pág. 42.

⁴⁸ CIRAC, ESTOPIÑAN, «La Inquisición en los procesos de Castilla la Nueva», C.S.I.C., Madrid, 1941, pág. 199.

«Estrella doncella,
llevésme esta seña
a mi amigo *fulano*,
y no me lo dejes
comer ni beber
ni dormir ni responder,
ni con otra mujer holgar,
sino que a mí me venga a buscar»⁹.

Otras querían echarle más teatro a la cosa. María de Santarén, vecina de Guadalajara, se ponía en el 1538 desnuda y descabellada. Teniendo una escoba, un candil a la espalda y nueve garbanzos en la mano comenzaba con estas palabras:

«Sombra, señora,
con vos me vengo a enamorar.
Sombra, señora,
con vos me vengo a consolar.
Ava, que me habéis de ir por *fulano*,
y me lo habéis de traer.
Ava que quiero echar las suertes,
ava que las quiero echar,
ava que si en vos cayere,
ava que me lo habéis de traer».

Aquí echaba los garbanzos, uno a sí y otro a la sombra de manera que el último cayera en ella.

A, en vos cayó, la sombra.
Presto, presto,
traédmelo preso y atado,
presto, en un crédito,
y no me lo dejéis a la puerta,
sino traédmele a mi cama».

Barría con la escoba, cerraba la puerta y se echaba en la cama¹⁰.

Y no olvidemos que la misma Celestina vive de algo más que de relacionar amantes...

«Mis ganancias ciertas tenía... en dar medicinas a las doncellas que no pasan;
a las casadas bebedizo que den a los maridos para que no sientan los cuernos que
a vistas ojos sus mujeres les ponen evitando rencillas cornudales; a los mancebos

⁹ *Id.*, pág. 109.

¹⁰ *Id.*, pág. 113.

mayorazgos, bocados con que maten sus mismos padres... a los honestos, mandrágora y granos de helecho con que puedan entrar y salir do quisiera sin ser sentidos; a los amantes hechizos de cabello o cordón con que hagan que sus amigos les amen y aborrezcan al que amaban y amen al que aborrecían...»²¹.

Un continuo espectáculo la calle española del tiempo del Emperador. Cada profesión —estudiante, médico, portador de silla— lleva su distintivo y es fácil de reconocer por su uniforme. Todos lo llevan menos el soldado. Porque éste viste como quiere aunque su aire y el alegre colorido con que se adorna muestra a las claras quién es. Juan Andrés Núñez lo describirá a fines del siglo:

«Púlense y engalanan los soldados
con cosas por sus puños adquiridas,
trofeos por sus manos alcanzados
son sus despojos, plumas sus heridas.
Las galas con que salen adornados
de sangre de enemigos guarnecidas,
sus carnes cual al yunque del herrero
hechas a resistir el duro acero»²².

²¹ MUÑÓN (*vid.*), pág. 48.

²² NÚÑEZ, JUAN ANDRÉS, *Estancias a la vida del soldado. Cancionero de la Academia de Nocturnos 159...*, Madrid, 1905, 3 p., pág. 106.